

«La carrera femenina fue un fracaso al convertirse en una mala copia de la masculina»

Nives Meroy y Romano Benet Ochomilistas



Romano y Nives llevan 30 años escalando juntos, 23 de ellos casados. :: E. MORENO ESQUIBEL



FERNANDO J. PÉREZ

Twitter@FernandoJPerez

Nives Meroy y su marido vuelven al Himalaya tras haber superado Romano su cáncer, «nuestro decimoquinto ochomil y el más importante»

BILBAO. 17 de mayo de 2009. 7.500 metros de altitud en el Kangchenjunga, la tercera montaña más alta del planeta. Nives Meroy (51 años) y Romano Benet (50) ascienden camino del campo 4. El tiempo y las condiciones de la montaña son excelentes. Suben camino de su duodécimo ochomil, lo que dejaría a Nives en una excelente posición en la carrera femenina por los catorce ochomiles, que en ese momento mantiene con Edume Pasaban y Gerlinde Kaltenbrunner. Todos los han subido juntos, sin oxígeno ni ayuda de porteadores.

De pronto, Romano siente que las fuerzas le abandonan. Algo le pasa pero no sabe qué. Los síntomas no tienen nada que ver con los del mal de altura. Renuncia a seguir subiendo y propone a Nives que con-

tinúe en solitario hasta la cumbre mientras él la espera para descender luego juntos. Ella lo rechaza y regresan inmediatamente al campo base. La decisión salva la vida a Romano. Su estado se agrava durante el viaje de vuelta a Katmandú y, ya en Italia, se le diagnostica una extraña variante de Leucemia. «La misma que padecen los niños de Chernobyl», apunta ella. Los tres años siguientes son el relato de una dura batalla de la pareja contra la enfermedad, incluidos dos trasplantes de médula. «Nuestro decimoquinto ochomil y el más importante de todos», apostilla Nives.

2012 ha sido el año del alta médica de Romano y el de la vuelta a las montañas, su mundo desde que se conocieron hace 30 años, 23 de ellos casados. En primavera intentaron de nuevo el Kangchenjunga, donde no lograron la cima al confundir la ruta.

Esta semana, el Kutxabank Mendifilm Festival ha hecho posible la primera visita de la pareja a España y el viernes incluso se zambulleron en la feria de Santo Tomás. Su visita al Arenal bilbaíno se traduce en un retraso de media hora en la cita prevista con la prensa. Cuando llegan, Nives pide disculpas y sonríe mientras se lleva la mano a la barriga. El retraso está justificado.

La primera pregunta, a Romano, es obligada.

– ¿Cómo se encuentra?

– Muy bien. Perfectamente. Más joven todavía que antes y con muchas ganas de hacer cosas.

– Nives: Es increíble lo bien que está. Ahora hasta se queja de que voy lenta y que me cuesta seguirle. Y si le digo algo me dice «claro, es que ahora voy dopado, como Armstrong tras su cáncer» (la pareja ríe con ganas).

– ¿Cómo han sido estos tres años?

– Nives: Muy duros y difíciles. Los solemos comparar con una de nuestras expediciones al Himalaya. Hemos tenido que luchar y superar muchos problemas, aunque ha tenido un buen final.

– ¿Con qué se quedan de esta vivencia?

– Nives: La nuestra ha sido, y es, una historia de esperanza. Pero no solo eso. También nos ha permitido conocer la solidaridad de la donación de órganos. En todo momento tenemos presente que sin un donante anónimo Romano no estaría ahora aquí. La donación de órganos y de sangre es el mayor ejemplo de la solidaridad del hombre y de la esperanza en el ser humano.

«La nuestra es una historia de esperanza y nos ha permitido conocer la solidaridad de la donación de órganos»

– En 2009 Nives decidió no seguir y descender con Romano. ¿El hecho de ser pareja condiciona sus decisiones como cordada?

– Romano: En mi caso no. Aunque también es verdad que siempre hay un poco más de preocupación sobre lo que le pueda pasar a ella. A cambio, nos conocemos muy bien, tenemos mucha experiencia juntos y sabemos perfectamente los riesgos que podemos tomar...

(Nives le interrumpe y saca a relucir su sentido del humor)

– Las peleas las tenemos hasta los siete mil metros. Por encima de esa altitud hay muy poco oxígeno... Pero las retomamos en el campo base (vuelven las carcajadas).

– La enfermedad de Romano sucedió en el esprint final de la carrera femenina por completar los ochomiles. ¿Cómo la vivió?

– Nives: La verdad es que fue un momento importante para el alpinismo femenino. El problema es que la atención de los medios de comunicación y los focos que se pusieron sobre el hecho crearon una tensión, una imagen de competitividad que no era real. Nunca fue un concurso, una competición, porque los medios nunca fueron los mismos para todas. Creo que fue una oportunidad perdida para el alpinismo femenino de haber creado nuestro propio camino en vez de simplemente seguir las huellas abiertas por los hombres tres décadas antes. En ese sentido, fue un fracaso porque se convirtió en una mala copia de la masculina.

Seguir otro camino

– ¿Quién cree que fue la primera?

– No seguí con atención todo lo que pasó con la coreana. En esos momentos estaba más concentrada en mi marido y su enfermedad. Teníamos entre manos otro ochomil bastante más difícil de los que había subido hasta ese momento. Nuestro decimoquinto ochomil y el más importante de todos. Y aunque creo que quedar a cinco o diez metros de la cumbre no tiene la mayor importancia, lo importante es que como mujeres teníamos que haber cogido otro camino.

– ¿Cuál es ese camino?

– Nives: Existen muchos tipos de alpinismos. Con y sin oxígeno, con y sin sherpas, por vías normales o más difíciles, en estilo alpino o tradicional... Pero es que para mí el alpinismo es incluso mucho más que todo eso. Es el entorno, la vivencia, tener las valentías de cometer errores y aprender de ellos. El alpinismo es la actividad más libre que existe y en la que lo más importante es el respeto a la vida, al entorno y a tu compañero. Y, por supuesto, la honestidad de cada uno consigo mismo y con los demás.

– No han tenido hijos. ¿Ha sido una renuncia por la montaña?

– (Nives se adelanta a Romano para responder). Es algo que me preguntan mucho en nuestras proyecciones y yo siempre contesto lo mismo. Al principio era muy pronto para tenerlos, ahora es demasiado tarde. Y en medio hemos vivido la montaña con tanta pasión que nunca hemos sentido esa necesidad.